

# El mar en el estadio

Para Ives von Gunten

Julen **Ladrón de Guevara**

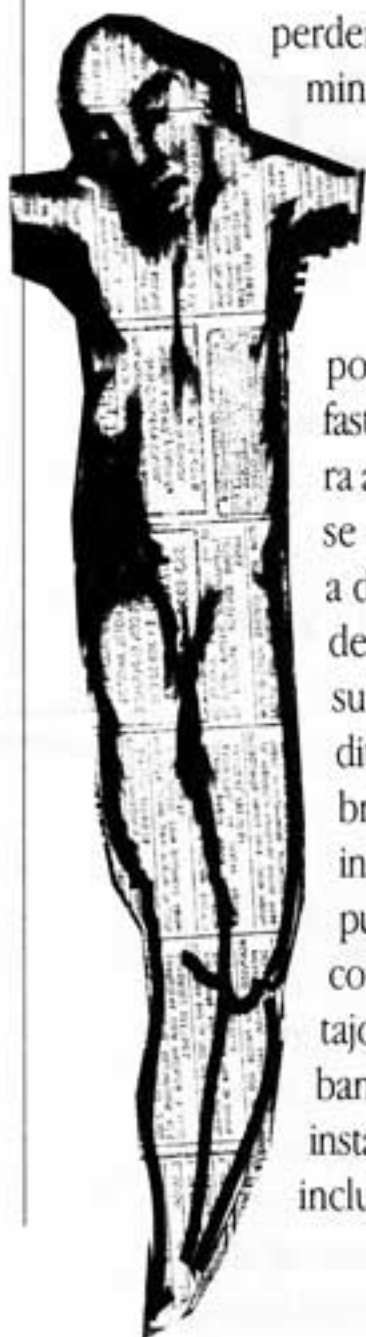
Facultad de Filosofía y Letras

¿Dónde está el mar? Este relato lo sitúa en la playa del asombro



Nunca tuve la oportunidad de ver conscientemente el mar por primera vez. Con seguridad podría contarlo entre las mejores experiencias de mi vida si a los quince años se me hubiera dado como regalo; por desgracia ya lo conocía y no sé desde cuándo. Lo que sí recuerdo bien fue cuando, en un campamento que hice a los doce años a Veracruz, dos de mis compañeras de viaje jamás habían estado frente a una playa, no habían tenido la ocasión de sentir la inmensidad de saberse diminutas. ¿Puede existir algo más emocionante que ver la cara de quien por primera vez se topa de frente con el mar y camina por la arena sintiéndola *hervir* entre sus dedos? Al menos no para una niña de doce años. Recuerdo también que desde que salimos de México, cada cien kilómetros recorridos eran una hora menos de sueño para mí, no podía permitirme llegar a Veracruz dormida.

Las pasajeras en cuestión dormían hasta los ronquidos sin imaginar que las espiaba, era divertido imaginar si la redondez de sus ojos era lo suficientemente grande como para ser llenados de golpe con semejante monstruo. Ellas roncaban y yo moría de envidia. En los últimos metros antes de tocar el puerto despuntó el sol mientras yo me consumía de nervios, no quería echar a



perder nada y esperé quince minutos de dos años. Finalmente, cuando estaba lo suficientemente claro, las desperté y les pregunté si querían ver por la ventana; voltearon fastidiadas de que les hubiera arrebatado su descanso y se acomodaron para volver a dormir. Nada, ni la visión del mar podía corromper su ineptitud visual, sus malditas pocas ganas de descubrir lo eterno, su infinita inmadurez emocional. Después de eso todo me pareció cotidiano, aún los escupitajos espumosos que llegaban hasta la playa donde se instaló nuestro campamento, incluso dormir por primera

de toda clase de chácharas alusivas al encuentro que se vendían en la acera que rodeaba al campo. Nunca hubiera imaginado para qué servían tantas cosas si no fuera por el hermano de mis vecinas, que nos consintió comprando cada una de las cosas que señalábamos con curiosidad; en esos momentos estaba siendo introducida a una de las religiones con mayor cantidad de adeptos en el mundo. Los rituales básicos consistían en ir identificando a los de la porra conveniente a chiflidos entrecortados mientras, indescriptiblemente, al mismo tiempo se le mentaba la madre a los del equipo contrario. Yo, por mi parte, hacía lo propio. Me sentía parte de un grupo, éramos muchos y sin embargo "los nuestros" nos identificábamos sin problema.

El todopoderoso colectivo enfrascado en discusiones infértiles de pronto se quedó sin voz cuando se abrieron las puertas. En ese pequeño momento nadie se acordó de la fraternidad que nos unía desde hacía media hora y la masa compacta corrió como amotinada hacia las gradas aún vacías. Esperamos prudentemente, bajo riesgo de quedarnos parados todo el encuentro, para no ser atropellados; subimos más a gatas que de pie las escaleras y cuando me incorporé ahí estaba: el mar verde de pasto limpio, casi fosforescente. La sensación que me causó la impresión visual de tan inesperado encuentro fue absolutamente abrumadora. No había nadie parado dentro del campo y me embriagaba la visión de su extensión. La porra del Atlante y la marejada de olas de colores uniformes no pudieron quitarme de la cabeza lo que acababa de descubrir. Francamente no recuerdo ni cómo quedó el marcador final ni contra quién jugaba el equipo anfitrión, pero estoy segura: fue como ver el mar por primera vez.

## La sensación de tan inesperado encuentro fue abrumadora

vez al lado de alguien que no era de mi sexo aunque no ocurriera nada, porque nada ocurrió.

Un año más tarde al hermano de mis vecinas, que eran como diez, se le ocurrió llevarnos a ver un partido de fútbol. Cuando llegué a su casa, los preparativos para el partido me parecieron como de día de campo: tortas de jamón con frijoles, *boing de triángulito* para todos y una bandera de dos metros con los colores del Necaxa "por si hacía falta".

Una vez en las afueras del estadio me sorprendió la cantidad de puestos